

El mejor medio para hacer virtuosos á los hombres sería grabar sobre sus frentes esta máxima: *Todo delito es una causa de padecer para el que le comete*; pero siendo esto imposible, el otro medio que resta, es el procurar que no quede impune ninguna mala accion." Asi se explica el célebre comentador de Montesquieu (1), y asi lo acredita la experiencia. Todos los hombres, al cometer un delito, creen que este delito les proporcionará mas satisfacciones que padecimientos, si no lo creyeran asi, el miedo desarmaría sus brazos y el interés propio doblegaría sus intenciones siniestras.

¿De qué modo, pues, se disminuirá el número de los delinquentes?... Ya que la corrupcion, la ignorancia y la misma naturaleza humana, combatida por las pasiones frenéticas, ciega á los hombres y les impide el conocer que sus delitos les son causa de padecimientos, es preciso que la legislacion criminal por una parte y la inflexibilidad y justicia de los tribunales por otra, los castiguen todos y que sea con unas penas que aplicadas oportunamente produzcan el resultado que se anhela. No se crea por esto, que al castigar el gobierno al criminal, debe aparecer como un hombre sediento de venganza: el gobierno debe aparecer como un génio justo y protector, que al reprimir al delincuente, enseña desnudo su formidable brazo, para que tiemblen los perversos á la vista de su poder y para que admirando su justicia, cese la alarma que cunde en la sociedad á la voz de un delito cometido. Siendo, pues, el escarmiento el fin principal de las penas, el único medio de llenarle es aplicar estas con tanto tino que correspondan perfectamente á la cuantía del delito que se castiga; es el ejecutarlas de tal guisa, que deje su ejecucion un sentimiento profundo, una memoria eterna en el ánimo del pueblo; mas no una memoria en la que aparezca el delincuente como una víctima de sus jueces ó de la crueldad de la ley, sino que aparezca como un infeliz, que habiendo violado el pacto social, se ha atraído sobre su cabeza un rayo, que el mismo gobierno quisiera detener; pero que el bien de la sociedad entera precipita. Despues de este breve preámbulo, vamos á hablar de la pena capital, que es el asunto que ha puesto la pluma en nuestra mano.

Graves disputas ha suscitado la filosofía sobre la legalidad de esta pena: autores célebres la han abjurado en sus escritos, otros los impulsos de nuestra conciencia, la reprobáramos también, pero la falta de casas completas de correccion, el desarreglo de los códigos criminales y mas que todo la imperfeccion en que se halla sumida la sociedad, nos la hacen creer necesaria, indispensable. No obstante esta opinion, no dejaremos de convenir con las siguientes palabras de un célebre publicista: (2) quitar la vida á un hombre; inmolarse á la tranquilidad pública la existencia de un individuo; emplear la misma fuerza que defiende nuestra vida en privar de ella al que con sus atentados ha perdido el derecho de conservarla, es un remedio violento, que solo puede ser útil cuando se aplica con la mayor economía, mas que por poco que se abuse de él, degenera en un veneno mortífero, que puede conducir insensiblemente el cuerpo político á la disolucion y á la muerte." En atencion á estas reflexiones, quisiéramos que se fijaran algunas reglas para la aplicacion de la pena capital. El interés del pro-comun exige, que todo hombre, que habiéndose familiarizado con los delitos, ha corrompido hasta su aliento, haciéndole contagioso á sus semejantes, sea privado de la existencia, como es cortada la rama de un árbol, que habiéndose podrido, amaga hacer infructíferas á las otras, pero el mismo interés del pro-comun exige también, que el hombre no sea privado de su existencia, mientras poniendo diques á sus vicios, pueda ser á la sociedad mas útil que pernicioso. ¿Por qué no se han de observar estas reglas de equidad y de justicia en la imposicion de la pena capital? La vida del hombre es una sola; su pérdida irreparable; sus enemigos infinitos. Conservéale, pues, los gobiernos esta vida y no se la arrebaten hasta que sea del todo estéril para el bien, y horriblemente fecunda para el mal. Hemos hablado sobre la utilidad de la última pena; veamos ahora el modo de ejecutarla. El profundo inglés Jereimias Bentham, dice en su célebre tratado de legislacion, que el acto de conducir á un individuo al último suplicio, debe ser una tragedia pública: este eminente pensador quiere que produzca la ejecucion de esta pena un efecto maravilloso en los espectadores: quiere que el traje del reo sea triste é imponente, que su acompañamiento sea fúnebre, que la voz de los sacerdotes que le auxilian sea misteriosa y lúgubre, que

forme en fin el todo una procesion sentimental, que deje una impresion terrible en los pechos avezados al crimen y una impresion de piedad en los ciudadanos virtuosos.

Nada tenemos que decir sobre estas ceremonias; todas ellas son conocidas en nuestra España: el acto de conducir al patíbulo á un criminal, es entre nosotros imponente, y las exencas que preceden á la ejecucion del castigo, son tristísimamente tiernas y propias de aquel momento lastimero: en esta se ve con las lágrimas en los ojos á un malvado que la justicia envuelve y á un infeliz que la piedad abraza, se vé el brazo omnipotente de la ley y la fuerza irresistible de la ternura. Pasemos á los suplicios. Al contemplar los instrumentos que se han inventado en los siglos bárbaros, para privar de la existencia á los delinquentes, y al ver que algunos de ellos subsisten en las naciones mas ilustradas de Europa, sentimos una especie de repugnancia indecible y lamentamos el imperdonable descuido de los legisladores modernos. La guillotina, el garrote, y la horca, que afortunadamente ha desaparecido; ¿qué son, sino resabios de barbarismo y tiranía? ¿Qué manifiestan sino un acto de legisladores degradante y antipolítico? Estos en ningun tiempo y en ninguna ocasion debieron haberse ocupado en describir los géneros de muerte: esta ocupacion indica un espíritu de venganza y crueldad, que debe desaparecer de nuestros códigos en este mismo siglo, si se quiere que sea llamado exactamente siglo de ilustracion y filantropia. Su desaparicion es útil por dos aspectos: útil, porque la sociedad ve entonces en las leyes la justicia, solamente la justicia; no la prevaricacion y el terrorismo; y útil, porque se estingue esa clase desgraciada, que destinan los gobiernos á la ejecucion de los castigos; esa clase miserable, que pierde hasta la comunicacion con sus semejantes, por la repugnancia y el horror con que es mirada en todas partes. Se dirá que existiendo la pena capital, de algun modo se ha de hacer su ejecucion: asi es: pero búsqese el género de muerte mas natural y menos horroroso, para que no se reconozca estudio material de él al designarle: este es sin duda el fusilamiento, pues ademas de excluir toda prevencion de parte de los legisladores, excluye también á los verdugos, que es la clase desgraciada á que nos hemos referido antes. Se dirá ademas, que es bueno distinguir los criminales al ejecutar los castigos: y nosotros contestaremos, que no solamente es bueno, sino que es indispensable; pero añadiremos por último, que esta distincion puede y debe existir, mas en los trajes de los reos, que no en el género de los suplicios. Hemos dicho. ¡Ojalá al reformar nuestros códigos se tuviesen presentes los defectos que hemos anunciado y otros muchos de que adolecen! ¡Ojalá brille el dia en que se vean la ilustracion y la filantropia, mas en los actos de los gobiernos que en las exposiciones que los preceden!—P. S.

(El G. Nacional.)

VALENCIA.

Concluye el artículo principiado en la Gaceta anterior.

Las artes industriales no son tampoco ingratas á la viva imaginacion y á la actividad valenciana. Bien conocidas son sus importantes fabricaciones de sederia, de porcelana, de esparto, de fundicion de letras y otros muchos ramos de la industria fábril con que no solo atienden á cubrir sus necesidades, sino que surten en gran parte otras provincias del reino, y mantienen comercio con los países extranjeros.

Las ciencias y la literatura han sido en todos tiempos cultivadas en Valencia, en términos de producir hombres eminentes que con sus escritos han ilustrado á su patria. Los nombres de Mayans, Samper, Masdeu, Cabanilles, Villanueva y otros infinitos, son un testimonio de esta verdad, y las incansables imprentas de Cabrerizo, Salvá, Mallen, Monfort y otras, compiten, y á veces exceden á las de la capital del reino en las bellisimas obras tipográficas que diariamente salen de sus prensas.

Un cielo alegre y despejado, una tierra abundante y variada, una viveza de imaginacion singular, unida á la riqueza de infinitud de propietarios, comerciantes, artistas y literatos que constituyen la poblacion media de Valencia, hacen muy agradable el género de vida que en ella se disfruta, permitiéndoles una continuacion de placeres desconocidos en general en la mayor parte de España. Los nobles valencianos en cuyo número se cuentan las mayores casas del reino, ya sean vecinos

(1) Destut de Tracy.

(2) Filangieri.